

DEL ASESINATO CONSIDERADO COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

Podemos sumarnos a Thomas de Quincey si miramos lo que son los concursos de arquitectura.

Solemos enfrascarnos en eternos debates sobre si los concursos están bien o mal convocados. Si hay tiempo suficiente para hacer la propuesta o da la impresión de que alguien ya la tiene hecha. Si los jurados conocen los pliegos o es inútil cumplirlos porque les da igual. Si los honorarios son adecuados o son una vergüenza. Si deberían convocarse con o sin bajas. Si las exigencias de solvencia son abusivas. Si las presentaciones que se piden son exageradas. Y así.

Pero nunca nos detenemos a pensar en lo que es un concurso: consiste en poner a trabajar a cientos de arquitectos gratuitamente. Cierto es que un equipo resulta ganador, pero todos los demás no. No solamente han creado un proyecto, razón por la que deberían ser retribuidos. Además dan al convocante todo un abanico de opciones a través del cual puede ponderar las diferentes posibilidades y formas de dar respuesta a sus necesidades. Eso, sin desembolsar un céntimo.

A pesar de ello cada vez que hay un concurso acudimos entusiastas. No solo nosotros: nuestros Colegios lo celebran como si fuera un éxito. Pero no lo es: aunque el concurso esté convocado de forma perfecta, bella, no deja de ser un asesinato. Algo estamos haciendo mal.

procoam